

en un clima de suave emoción para asomarnos al final de sus páginas sobre «Su último anhelo»:

...Hoy que serenamente he concluído
este duro trabajo de vivir,
sólo quiero volver a mi querido
suelo del viejo Arauco en que nací.

Y junto al mar que fué mi compañero,
en cuya playa niño retocé,
ir a dormir mi sueño postrimero
bajo la heroica tierra que canté.

Si bien este poema encierra el justo deseo de un hombre colocado dentro del tiempo, no lo admitimos para don Samuel Lillo, quien, por su obra y la frescura de su espíritu, se ha mantenido y se mantiene en sus márgenes.—MILA OYARZÚN.



<https://doi.org/10.29393/At224-257LNAS10257>

LITERATURA PARA NIÑOS

La editorial Zig-Zag ha emprendido, hace años, la importante misión publicitaria de literatura infantil. Hemos leído, recientemente, «Lautaro, Joven Libertador de Arauco», de Fernando Alegría, y «Mejores Versos para Niños», selección, en segunda edición, de María Romero.

El libro de Alegría es una biografía deliciosa trazada con fervor de tierra y mano diáfana de poeta. La historia se entrecruza con la imagen y, así, a golpes de pura luz, surge el héroe como una emanación natural de Arauco, acaso tal su verdadera entraña. La escritura de Alegría campea fresca y segura en zonas de mito y realidad, dando el esquema substancial del personaje, a cuyo resplandor se ligan el símbolo, el paisaje y los

materiales que, en la marcha de la sangre, formaron la nacionalidad.

La elección de la figura con que Alegría prosigue su tarea de rescates es prueba de un ojo finísimo en el hallazgo de valores. Cuando extrajo a Recabarren del aire popular y hazañoso y vinculó su epopeya humana y social al papel impreso, ya lo mostró suficientemente. En esta ocasión, Lautaro era la necesaria segunda parte moral de su primer libro.

Lautaro le otorga hermosas perspectivas. Y como no vive exento de la embriaguez de la poesía, luce, en el juego ardoroso de las imágenes, una complexión admirable. Chile brilla en su pluma. Hay, en ella, generosidad expresiva y espiritual. Un aliento que impulsa. El premio que engalana a esta obra, distinción que le vino desde Estados Unidos, el de la Casa Farrar y Rinehart, unido a las ilustraciones de Coré, ayudan su vida, pero no le eran indispensables: el libro de Fernando Alegría es de esos que sacan su vertical de éxito desde su propia médula, con o sin palmas doradas.

La antología compuesta por María Romero nos parece excelente en su plan general. Pero, alentado por unas palabras suyas del prólogo, le formularemos un duro reclamo a su obra. En el índice de ella anotamos la más absoluta ausencia de escritores chilenos que específicamente han trabajado libros para niños. María Romero parece ignorar que nuestras letras contienen tomos íntegros de esta ardorosa poética: los de Victoria Contreras, los de Saavedra Gómez, los de Lucía Condal, los de Víctor Molina Neira, los de Amado del Valle, los de Jara Azócar... Si la editorial Zig-Zag anuncia que se trata de un libro «rico en poesías americanas y españolas», ¡qué hondo, entonces, este vacío! La descortesía de María Romero es de aquellas que abren lágrimas. Ojalá que, como advierte en su prólogo, la tercera edición—y las muchas que le deseo en seguida—no vayan, por ahí, sucias de pecado, menos, desde luego, con el pecado que, sin ánimo turbio, le marcamos: vaya—y vayan—honradas, ple-

nas. Con la ausencia de los poetas que en nuestra tierra se dieron a la apasionante tarea de cantar el mundo de la niñez, no podrá existir ni una ni otra cosa. Y, además en libro salido de Chile, olería—para siempre— ¡a qué sé yo qué tristeza...!

Creemos del caso anotar otras ausencias: ¿Por qué no figura Claudia Lars, máxime si se recuerda que la propia Editorial Zig-Zag publicó, en 1942, su «Casa de Vidrio»...? Asimismo, la uruguaya Ana Amalia Clulow, directora de un mensuario de poesía infantil de primer orden, llamado «Acento», anda lejos del gusto de María Romero, o de los niños que dice que la guiaron: a juzgar por los resultados, convendría no abandonarlas (1).

Para el mío, pediría, por último, una mirada al «Ismaelillo» de Martí, el cubano que atacó la bellísima empresa de la revista infantil medular en las páginas de «La Edad de Oro». Y la inclusión de «Malaentraña», del venezolano Queremel. Y a propósito final: ¿por qué María Romero no busca en los libros de Olivares Figueroa, uno de los cuales, impreso en nuestro país, precisamente, antologó poesía para niños de Venezuela?—ANDRÉS SABELLA.



LA CALLE DE LA VIDA Y DE LA MUERTE, por *Enrique Larreta*.
Ediciones Espasa-Calpe. Argentina, S. A.

En el prefacio de este libro integrado en su totalidad a base de sonetos, Enrique Larreta, se encarga de señalarnos la fuente de su título. Expresa: «El título general «La Calle de la Vida y de la Muerte», es el nombre, el extraño y misterioso

(1) La poesía transparente de José María Eguren, tan de infancia, como indicaba Mariátegui, es excluida de esta obra, no debiendo ser, si recordamos que el peruano firmó poemas como «Los reyes rojos», de insuperable aliento niño y auténtico.